

*El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.*

VOZ.

Ved cuál entre polvo y humo
Por los campos de Castilla
Va la bárbara gavilla
Que era un tiempo su opresion.
¿Quién los bate y los humilla
Con el rayo de victoria?
La trompeta de la gloria
Dice al mundo: Wellington.
¡Oh Wellington, nombre fausto
A la Iberia y caro á Marte!
¿Tus contrarios en qué parte
Huirán de tu valor?
Tú los vences en los montes,
En los campos ven tus bríos,
Y las aguas de los rios
Te retratan vencedor.
Entre el Duero y claro Tórmes
Tú á los galos atropellas,
Y aún siguiendo vas sus huellas,
De su entera ruina en pos.
Síguelos, y Europa deba
A tu acero su rescate,
Y si un monstruo la combate,
La defienda un semidios.

CORO.

*Viva el grande, viva el fuerte
Que, en la más gloriosa accion,
El furor frances convierte
En vergüenza y confusion.*

VI.

A la entrada en Cádiz del Duque de Ciudad-Rodrigo despues de levantado el sitio de aquella plaza en consecuencia de sus victorias.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

I.

Ved cuál llega á gozarse en el seno
De la ibera leal gratitud,
El que oimos de lejos cual trueno
Dar á Gádes victoria y salud.
Hoy se muestra apacible y triunfante,
Y ayer bravo y con fiero teson,
Los tiranos lanzaba adelante,
Cual las nubes el duro Aquilon.

II.

Acojamos al héroe bizarro
En los muros que él mismo libró;
Y descienda del bélico carro
A gozar de la paz que nos dió.
No la oliva á su frente neguemos,
Ni la rosa de alfombra á sus piés;
Que él sabrá, cuando flores le demos,
En laureles volverlas despues.

III.

Él unió con el nuestro su brazo
Para hazañas de prez inmortal:
Tema, pues, en tan inclito lazo
El injusto opresor su dogal.
Y en el templo de eterna memoria,
Y en los fastos de la última edad,
Se unirá de Wellington la gloria
Con la hispana feliz libertad.

CORO.

*¡Oh cuán dulce es á un héroe glorioso,
Que triunfó con justicia y valor,
Presentarle el tributo amoroso
De ternura, de aprecio y de honor!*

HIMNOS Y CANTATAS.

I.

LA PIEDAD FILIAL Ó EL RESTABLECIMIENTO.

CANTATA (1).

AMELIA, ESPERANZA, CONSUELO.

AMELIA.

Con ecos de dolor, ¡oh Dios! ¿qué nueva
Suena en mi corazón? ¡Misera Amelia!
¿Quién tu constancia prueba
Con golpe tan fatal? Pálidos veo
Los rostros de mis hijos,
Que en su madre infeliz los ojos fijos,
Miran y lloran. ¡Ah! tal vez los tristes,
De terribles presagios acosados,
De esta madre en el rostro hallan anhelan
Consuelos ¡ay! que de mi pecho vuelan.
Vuelan bien lejos, ¡sí! que mi ternura,
Mi amor mismo, ingenioso en darme penas,
Cuanto veo en anuncios me convierte
De amargura y dolor.... Mas ¡ay! ¿qué miro?
Lóbrega nube enluta
El paternal albergue; conturbado
Temblar parece el firme pavimento,
Rásgase al par la matizada alfombra,
Y de la muerte la amarilla sombra
Alzase del abismo al pié del lecho,
Y los lívidos ojos

Y los pálidos brazos revolviendo,
Con uno amaga hácia el sepulcro helado,
Con otro al cuello de mi padre amado.
¡Ay infeliz! Tente, criuel, no acabes
La ejecucion de un golpe tan terrible;
De esta familia ídolo y padre á un tiempo
Respeto en él; ¿no sabes
Que el placer y la vida de estos hijos
En esa sola víctima se encierra?
¿Quieres cubrir de lágrimas la tierra?
¡Ah! que á mi triste voz no te conduelles;
Antes más irritada sus críeles
Angustias atosiga con tu aliento;
A tu maligno ardor dobla la frente
El moribundo anciano; junto al lecho
Hijos y siervos tu clemencia imploran,
Y las virtudes desoladas lloran.
¿Cielos, lo consentís? ¿Serán despojos
De la Parca feroz las claras prendas
Que á Elfridio adornan? Sí, que la inhumana,
Más que de vidas, de virtud sedienta,
Los ojos apacienta
En las tumbas de Elóisa (2) y Abelardo;
Y nunca sacia su rencor profundo,
Mientras un tierno amor le quede al mundo.

(Aria.)

Robará la Parca odiosa
A este pecho su delicia;
Que la flor más olorosa,
Más excita la codicia
Del villano segador.

Altos cielos, dadme males
Que al fin cedan á consuelos;
No aficciones inmortales,
Pues si Elfridio muere, ¡oh cielos!
Inmortal será el dolor.

ESPERANZA.

Mujer, que ostentas en tu frente pura
La imagen del dolor y la ternura,
¿Qué tienes, que en desdichas
Muestras vencer á los demas mortales?

(1) Fue cantada la primera vez por la señora Lorenza Correa con música del famoso maestro Fiderici.

(2) ARRIAZA altera aquí la pronunciación prosódica y natural del nombre de *Elóisa*, con el fin de dar armonía al verso. Es una licencia poco digna de imitación. (Nota del Coleccionador.)

AMELIA.

Yo sé sentir, mas no pintar mis males;
Sólo esta voz tu corazón dirija:
Elfridio en riesgo está; yo soy su hija.

ESPERANZA.

¡Harto justo dolor! Mas ¿qué infelice
Cierra su corazón á la esperanza,
Viendo por la carrera de la vida
Del bien y el mal la rápida mudanza?
Que cual las estaciones se varian,
Y al rededor del año van volando
Las nieves y los frutos y las flores,
Se suceden placeres y dolores.
Salvo es tu padre, el cielo lo presagia.

AMELIA.

Y tú, mujer ó diosa, cuya magia
A predecirme tal prodigio alcanza,
¿Quién eres, dime, quién?

ESPERANZA.

Soy la Esperanza.

AMELIA.

Mi pecho es insensible á tu influencia;
La esperanza es el sueño de los tristes:
Su ilusión los aduerme; pero luégo
Despiertan á los males, y cual sombras
Las esperanzas huyen ligeras,
Y las más dulces huyen las primeras.

ESPERANZA.

Te alucina lo acerbo de tu pena;
Oye mi voz, que en tu remedio suena:

(Aria.)

Yo suavizo las pasiones
De los pechos en que vivo,
Del amante y del cautivo
Soy la calma y el sosten.
Si mantengo de ilusiones
Al que sufre penas reales,
El olvido de los males
A lo ménos es un bien.

AMELIA.

Esperanza divina, hija del cielo,
¿Quién no apetecerá tu compañía.
Cuando en el corazón de que te alejas
La rabia ocupa el hueco que tú dejas?
Tú floreces en mí, tú me sugieres
De un padre anciano la afligida imagen
A su serenidad majestuosa
Restituida; ¿qué astro tan avaro
Habrá que niegue vida tan preciosa
A los suspiros que le eleva ansiosa
La tierna prole de quien era amparo?

ESPERANZA.

Si; mas debieras elevarlos ántes
Al que sembró de estrellas el espacio,
Que habita el universo por palacio,
Que en bóveda los cielos ha encurvado
Para que allá resuenen los clamores
Del infeliz, y á su pensar profundo
Los soles arden y se anima el mundo;
Al Sér supremo.....

AMELIA.

A desarmar el hado.

ESPERANZA.

Por un digno mortal.....

AMELIA.

Un padre amado.

LAS DOS.

De nuestro ardiente celo
Vuela suspiro fugitivo al cielo.

(Plegaria á duo.)

Si un buen padre es, justo cielo,
De tu mano un gran favor,
Vuelve á Elfridio á nuestro anhelo,
O á estos pechos da valor.
Vivirá el amable Elfridio,
Pues tus leyes son de amor,

CONSUELO.

Albricias pide el genio del Consuelo,
Ninfas hermosas; vuelva la alegría
De vuestra faz á colorar las rosas;
Ya el suspirado bien piadoso el cielo
Por mano de las Gracias os envía;
La mano de una madre os lo presenta.
Atropos fiera en vano se resiste
De la fe conyugal al blando acento,
A la expresion de su semblante triste,
Y á un diluvio de lágrimas que honraban
Por un hombre justo el riesgo y sentimiento.
Por fin cedió, y entre ansias y suspiros
Y amorosos desvelos
De una esposa querida,
Elfridio, al fin, renace
Lleno de majestad, de fuerza y vida;
Brillante así como tras negra noche
El noble astro de luz que el Indo adora
Sale de entre los brazos de la aurora.

(Aria.)

Vuela á tu padre,
¡Oh hija afligida!
Que de la vida
Vuelve á gozar;
Y entre caricias
De prole hermosa,
Con las delicias
De amante esposa,
Daréis á Elfridio
Gustos sin cuenta;
Y haréis que sienta
Que de la vida
Vuelve á gozar.

AMELIA.

Almo Consuelo, que entre el alto coro
De los dioses te espacias en el cielo,
Mientras Felicidad de su urna de oro
Te vierte escaso á esta mansion de duelo,
¿Cabe esperar un bien entre mil males?
Cuando parece, en días tan fatales,
Yace la tierra en misero abandono,
De Fortuna entregada al número falso;
Que así nos lanza de la choza al trono,
Como desde la púrpura al cadalso;
¿Puedo entregarme á la ilusión sublime
De recobrar á un padre? ¿Es cierta, dime,
Tan venturosa nueva? ¿Alienta Elfridio?

CONSUELO.

Lo juro, sí, por la divisa mia,
Constancia y Fe.

AMELIA.

¿Qué placida alegrías

CONSUELO.

Tan tierna madre como amante esposa
Delfina le salvó.

AMELIA.

¡Mujer dichosa!

Salvo es mi padre, el corazón respira,
Palpita el pecho, y de placer suspira.

(Aria.)

Dadme guirnalda bellas
Las que sabéis amar,
Que de Delfina en ellas
Quiero la frente ornar.
Ella nos ha salvado
A nuestro padre amado;
Este es de amor ejemplo,
Vamos de amor el templo
Con su memoria á honrar.
Dadme guirnalda bellas
Cuanto sabéis amar, etc.

CONSUELO.

Tú, Amelia, cuya frente ya las palmas
De la alegría engalanar parecen;
Tú, refrigerio de las grandes almas,
Esperanza feliz, cantad conmigo;

Pruebe nuestro placer que eternamente
La existencia de un padre amante y digno
Es de ventura el más hermoso signo.

(Terceto.)

Goce un padre entre prole tan bella,
Y en el seno de esposa tan fiel,
Como el árbol que ufano descuella
En el cerco de un tierno plantel.

AMELIA.

A su sombra el ganado se arrima,
A su abrigo se mece la flor.

ESPERANZA.

Se oye el canto del ave en la cima,
Y en su tronco la voz del pastor.

CONSUELO.

¡Oh qué encanto y qué dulce armonía
De deleite, de amor, de alegría!

TODOS.

¡Y de Elfrido qué imagen tan fiel!
La de un árbol que ufano descuella
En el cerco de un tierno plantel.

II.

EL GOZO PÚBLICO.

Cantata.

CORO.

¡Qué nimen tremendo del arco que vibra
Los dardos dispara con rauda fragor,
Y á España propicio, de furias la libra,
Que en ella esparcieron discordia y furor!

(Recitado.)

¡Oh Dios, qué claridad dulce y fecunda
Oro derrama en los callados campos
Tras noche tan profunda!
Ya el céfiro revive entre las flores,
A cuyos dulces besos se negaba
Tímido y pavoroso.
Calandrias y sonoros ruiseñores
Van en alegres tropas
Poblando de los árboles las copas.
Ayer todo era duelo y sentimiento;
Hoy es todo placer, todo contento.
Ya de Venus la estrella
Resplandecer se ve más pura y bella:
Ya del terror la nube no la empaña.
No hay duda, no; venturas para España
El cielo decretó. ¡Ni qué otra puede
De júbilo llenarla tan cumplido,
Sino la libertad de un rey querido!
Fernando es libre. Sus contrarios fieros
Huyeron espantados
Del brazo aterrador. La gran constancia
Del Rey, siempre serena, imperturbable,
Fue roca en medio al mar, do se estrellaron
Las olas locamente embravecidas
De una vil rebelion. Las caras vidas
De su esposa y hermanos,
De Fernando feliz al brazo asidas,
Se libran del furor de sus tiranos.

VOZ 1.^a

¡Ayer llanto, hoy dulce risa!
Ayer sierva y hoy señora,
Triunfa España vencedora
De una pérdida faccion.

VOZ 2.^a

Así aterra el Sér supremo
Al inicuo y al blasfemo,
Siempre al justo dando honor.

VOZ 1.^a

Cual se salva fresca rosa
Del furor de un torbellino,
De su bárbaro destino
Así Amalia se salvó,

VOZ 2.^a

Se salvó de inicua saña,
Porque Dios reserva á España
Su hermosura y su candor.

VOZ 1.^a

Viva Amalia al Rey unida.

VOZ 2.^a

Viva el Rey de Amalia al lado.

LAS DOS.

Dulce lazo, en que cifrado
Tiene España el sumo bien.

TODOS.

Vivid siempre venturosos;
Y sin susto ni mancilla,
La corona de Castilla
Brille siempre en vuestra sien.

III.

HIMNO DE LA VICTORIA,

cantado á la entrada de los ejércitos victoriosos de las provincias
en Madrid, en 1808 (1).

CORO.

¡Venid, vencedores,
Columnas de honor!
La patria os dé el premio
De tanto valor.

Tomad los laureles
Que habeis merecido,
Los que os han rendido
Moncey y Dupont;
Vosotros, que fieles
Habeis acudido
Al primer gemido
De nuestra opresion.

Venganza os llamaba
De sangre inocente;
Alzasteis la frente
Que jamas temió;
Y al veros los dueños
De tantas conquistas,
Huyen como aristas
Que el viento arrolló.

Vos de una mirada
Que echásteis al cielo,
Parásteis el vuelo
Del águila audaz;
Y al polvo arrojásteis
Con iras bizarras,
Las alas y garras
Del ave rapaz.

Llegad ya, provincias,
Que valeis naciones,
Ya vuestros pendones
Deslumbran al sol;
Pálido el tirano
Tiembla, y sus legiones
Muerden los terrones
Del suelo español.

Son á vuestras plantas
Alfombra serena,
Laureles de Jena,
Palmas de Ansterliz;
Son cantos de gloria
Volver los cautivos
Sus gritos altivos
En llanto infeliz.

(1) Este himno, compuesto en 1808, ha sido el primero de esta clase, y modelo de cuantos se hicieron despues. Fué puesto en música por el célebre don Fernando Sor.

¡Oh, qué hermosos vienen!
¡Su porte cuán fiero!
¡Cuál brilla el acero!
¡Cuál cruge el arnés!
Estos son guerreros
Valientes y bravos,
Y no los esclavos
Del yugo frances.

Gloria, ¡oh flor del Bétis!
Que habeis bien probado
El brio heredado
Del suelo natal;
Que allí sin cultivo
Crece y se levanta
Del triunfo la planta,
La oliva inmortal.

Funesto es el día,
Frances orgulloso,
Y el campo ominoso
Que pisas, tambien:
La sombra de Alfonso
Con iras más bravas,
Su gloria en las Navas
Defiende en Bailén (1).

Salve, honor del Turia,
De Marte centellas,
Pues vivos como ellas
Al triunfo volais:
La hueste enemiga
Rompeis imprevistos,
Y apénas sois vistos
Victoria cantais.

Gloria, ¡oh valerosos
Del solar manchego!
¡Oh cuán bello riego
Dais á vuestra miés!
Los surcos se vuelven
Sepulcro á tiranos;
Sangrientos los granos
Se mecen despues.

Y en tanto en el Ebro
Los pechos son muros
Que atienden seguros
Morir ó vencer:
Siempre el sol los halla
Lidiando con gloria;
Siempre con victoria
Los deja al caer.

¡Oh cuán claros veo
Brillar en sus ojos
Los fieros enojos
Que van á vengar!
¡Oh cuánto trofeo
Que ganó su espada
Verá consolada
La patria en su altar!

¡Oh patria, respira
De males prolijos;
Descansa en los hijos
Que el cielo te dió!
Ni temas que el arto
Falte á su fortuna;
Soldados la cuna
Naciendo los vió.

Ya vengada, sólo
Libertad y gloria
Dejará en memoria
Tu agravio en Madrid:
Tiempo es ya que altiva
La frente levantes,

Pues llegan triunfantes
Los hijos del Cid.

Ninfas, vengan lauros
Frescos, verdes, bellos;
Enjugad con ellos
Tan noble sudor:
Ni olvideis la oliva,
Que es planta gloriosa;
Ni aún alguna rosa
Que os brinde el amor.

IV.

HIMNO

de los Guardias de la real persona al Rey, nuestro señor, su coronel,
en su agosto día.

CORO.

Relumbre el acero y el casco brillante,
Tremolen penachos de palma y laurel;
Y en torno á Fernando su Guardia constante,
Célébrese el día del gran coronel.

VOZ.

Clarín de la gloria, que al cielo levantas
Las altas virtudes con eco inmortal,
El Rey que adoramos se adorna con tantas,
Que á él solo se debe tu eterno metal.
Alarme al Olimpo tu acento, anunciando
La aurora festiva que hoy vemos brillar,
Verás las virtudes del cielo bajando
Del dulce Fernando la sien coronar.

Mas ¿qué nos detiene? Fernando querido,
La voz de tus pueblos te basta en loor;
Tus Guardias leales por ti han aprendido
Al són de las armas los cantos de honor.
Seis años nos vimos sin jefe, sin guia,
La muerte mostrando su pálido horror;
Tu nombre, que entónces las filas corria,
Los pechos llenaba de alegre valor.

Así combatimos; y pocos quedamos,
Siguiendo animosos tu regio pendon.
Castilla es testigo; sus campos dejamos
Manchados con sangre, mas no con baldon.
Si acaso nos cupo destino más grato,
Y en quietas ciudades fijamos el pié,
Tu imagen querida, tu angusto retrato
Guardábamnos siempre con celo y con fe.

¡Oh fe bien premiada! Tras tantos enojos
Al fin nos es dado tu vida guardar;
Tal ceden avaros, entre olas y abrojos,
Sus flores el prado, sus perlas el mar.

Festejar tu día se da á nuestro anhelo;
Día en que del carro se levanta el sol
A esculpir con oro, por el ancho cielo,
«Fernando es delicia del pueblo español.»

¡De cuán bellas obras seremos testigos!
Ya del sólio bajas al triste hospital,
Ya estás consolando presos y mendigos,
La cárcel y el foro sorprendiendo igual;
Dar honra al soldado, de su sangre en fruto,
Las artes, las ciencias, la industria amparar;
Y del poder regio, por digno atributo,
Convencer al reo, y al fin perdonar.

Así de Fernando brillante se ostenta
La hermosa diadema con tanto matiz;
Quien vive en sus leyes, dichoso se cuenta;
Quien muere por ellas, aún muere feliz.
Ni que el hado ejerza sus caprichos varios,
Ni que la Elba lance su monstruo cruel,
Si en el orbe encuentra su gloria contrarios,
El orbe enemigo retamos por él.

Genios tutelares, que en su cautiverio
Defensores fuisteis de su bella edad,
Y que en vuestras alas al hispano imperio
Con su Rey trajisteis paz y libertad.

Prodigad hoy rosas á su angusta frente,
Y con canto hacédle de celeste voz
Olvidar los males que sufrió inocente,
Y aún de su tirano la memoria atroz,

(1) Alude á la circunstancia de haberse alcanzado la victoria de Bailén casi en el mismo terreno en que se consiguió la de las Navas de Tolosa por Alfonso VIII de Castilla.

V.

EL REGRESO DE FERNANDO (1).

INTRODUCCION.

Cielos, ¡qué miro!..... ¡La española escena
De tanta majestad y gloria llena!.....
¡Fernando, el deseado, el perseguido,
Por quien todo español ha combatido,
Mostrando entre los bélicos enojos
Rabia en el corazón, llanto en los ojos!.....
¡La joya que la España ha disputado
Contra ella á todo el universo armado,
Recuperada vuelve á nuestro seno!
Gracias, eterno Dios, Señor del trueno
Y el rayo justo, que lanzó tu mano
Para hacer polvo á un pérfido tirano;
Gracias, pues tal valor, tanta constancia
Conservaste en los hijos de Numancia,
Que, con desprecio al enemigo bando,
Supieron proclamar: «Muerte, ó Fernando.»

Volved los ojos; vedle, si un momento
Os lo permite el llanto del contento;
Él es, sí, el nieto del augusto abuelo
Por quien las bellas artes nuestro suelo
Vieron en mil prodigios floreciente;
La misma majestad brilla en su frente,
A nuestro amor conserva igual derecho;
Igual beneficencia en su real pecho.
Aun ausente, mandó en los corazones;
Y hasta el soberbio autor de sus prisiones,
Al ver su porte y su semblante augusto,
Decía, exclamando entre despecho y susto:
«Mi poder en Fernando al fin se estrella,
Pues España le adora, y reina en ella.»
Pueblo que le lloraste en tu memoria,
Pues le llegaste á ver, canta su gloria.
Su gloria, que es guirnalda de la nuestra,
Y con alegre luz también se muestra
En los ojos del caro augusto hermano
Y el real semblante de su tío anciano.
Pero ¡qué versos á su nombre iguales,
De las Musas qué cantos inmortales
Le dirán nuestro amor?..... Señor, perdona
Si, por laurel debido á tu corona,
Repetimos los cantos militares
Que hicieron al paisano en sus hogares
Impávido arrostrar su adversa suerte,
Cantando y peleando hasta la muerte.
Ellos entretuvieron la esperanza
De nuestra independencia y tu venganza,
Y el eco del cañón fué el instrumento
Con que dimos tu nombre augusto al viento.
Mas escuchad, primero, el dulce tono
Con que de corazones en un trono
Os volveis á sentar. Y así haga el cielo,
Fernando, al fin, que del ibero suelo
Ann la sombra del mal tu nombre ahuyente,
Y que brille á los ojos de tu celo
Como un prado anchuroso y floreciente;
Cuando ni nubes ni vecinos montes
Estrechan los serenos horizontes;
Donde el sol, si se asoma en el Oriente,
De una cuna de flores se levanta;
En el calor de la ardorosa siesta
De flores un Océano domina;
Y cuando en Occidente al fin declina,
Sobre un lecho de flores se recuesta.

HIMNO.

CORO.

*Vuelve al trono, Fernando querido,
Sube en brazos del pueblo más fiel,
Tú le harás tan feliz como has sido
Sostenido y vengado por él.*

(1) Esta composición se hizo en los primeros días de Abril de 1814, á la primera noticia que se tuvo de la vuelta del Rey, nuestro señor, á España, poniendo término á la gloriosa lucha sostenida por sus vasallos. Se prepararon para el teatro la introducción y el himno.

VOZ SOLA

Largo tiempo tu ausencia ha llorado
La constancia del pueblo español;
No es tan triste á la luna el nublado,
No es tan negro el eclipse en el sol.
Pero ya que tu vista descuellla
De la guerra entre el luto y horror,
No es tan dulce en borrascas la estrella,
No es tan grata en desiertos la flor.
Deja, deja esa tierra homicida,
Que con grillos tu gloria ultrajó;
Vuelve, vuelve á esta patria querida,
Que con sangre tu injuria vengó.
Si ven ruinas al paso tus ojos,
Bienes son que nos trajo el frances;
Mas también son sus viles despojos
Esos huesos que pisan tus piés.
Cuando al márgen del Ebro llegares,
Ten presente, al mirar su raudal,
Que no daba el tributo á los mares
Sino en sangre enemiga ó leal.
Zaragoza te dice humeando
Que se supo abrasar, no rendir,
Y áun de noche «venganza, Fernando»,
Sordos ecos se escuchan gemir.
Mas del pueblo, á quien dió la fortuna
En su seno mirarte al nacer,
Que de flores cubrió tu real cuna,
Y entre abrojos te ha visto crecer;
De Madrid tal será la alegría,
Cuanto fué de perderte el dolor;
Mayo solo te acuerda en un día
De Madrid la fineza en tu amor.
Al entrar por su puerta dichosa,
Entre vivas y alegre efusion,
¡Cuánta vista en el Prado azarosa
Turbará tu leal corazón!
Aquí fué por Fernando el delirio;
Por Fernando allí el pueblo lidió;
Y allá fué de la gente el martirio,
Que muriendo á Fernando invocó.
Mas tu nombre triunfante sonando,
Ya destierra la antigua afliccion,
Y á los timbres del quinto Fernando
Va de nuevo á elevar la nacion.
Al soldado, que sólo en tu nombre
Fué terror de la pérfida grey,
Nada habrá que en el orbe le asombre
Cuando lleve por jefe á su rey.
Reina; premia, y perdona en la tierra
De quien eres el iris gentil;
Vén á dar nuevo aliento á la guerra,
Y á enfrenar la discordia civil.
Tú sabrás reprimir la anarquía,
Pues en Francia admiraste su error;
Tú odiarás la feroz tiranía,
Pues sufriste á un tirano opresor.
Rompa, ya que tu esfuerzo ha probado,
La desgracia su adverso crisol,
Y tu vista á su brillo eclipsado
Restituya el imperio español.
Y á los rayos de gloria, que en tanto
Se difundan del regio dosel,
Que se enjungen la sangre y el llanto
Que han regado tu hermoso laurel.

VI.

EN EL DIA DE LA RESTAURACION EN 1823,
PINTANDO LOS MALES DE LA ANARQUÍA.

CORO.

*Triunfe España con cívica pompa;
Palmas, rosas y olivas juntad;
Pues da el cielo una mano que rompa
Las cadenas de la libertad.*

ESTROFAS.

Libertad se llamaba la arpia
Que el averno lanzó contra España,

Señalando por cebo á su saña
Sus blasones y antiguo laurel;
Mas su nombre era sólo anarquía;
Su semblante y su voz de sirena,
Que con hechos y entrañas de hiena
Nos reduce á coyunda criuel.

Ved cuál sigue á su sombra ominosa
De mil vicios la turba funesta,
Entre todos su impávida cresta
Levantando la fiera ambicion.
La venganza entre ruinas gozosa,
La calumnia cizaña sembrando,
Y la envidia las glorias manchando
Que en cien lustros ganó la nacion.

A su impulso, ¡qué es ya de la Iberia!
No hay en ella rincón que no lllore,
O que sangre infeliz no colore,
Derramada con fria maldad.
Vasto campo de duelo y miseria
Hoy se ostenta su rica comarca,
En que iguales pastor y monarca
A los ciegos imploran piedad.

Proclamóse en discordia y tumultos
Igualdad, repartiendo puñales;
Mas á todos en breve hace iguales
El sepulcro que se abre á sus piés:
Si al cadalso camina entre insultos
La inocencia sin prueba ni juicio,
Por vengarla en el mismo suplicio
Sus verdugos perecen despues.

No hay sagrado, no hay sitio seguro;
Ni el hogar al vecino le ampara,
Ni el prelado halla asilo en el ara,
Ni áun al preso es escudo la ley.
Pues vagando asesino y perjuro
De palacios y templos entorno,
Con palabras de escarnio y soborno
Amenaza de muerte á su rey.

De Murat, ¡oh decreto homicidal!
¡Oh sangrienta jornada de Mayo!
¡Cuántas veces tu bárbaro ensayo
Repetido por ellos se ve!
¡Ay! si entonces fué sangre vertida,
Lo fué al ménos por brazo enemigo.....
Mas ahora es hermano, es amigo
Quien la vierte sin honra y sin fe.

¡Y esta afrenta en un pueblo que bravo,
A su rey por librar de cadena,
Retar supo al tirano del Sena
Con valor que á la Europa asombró!
¡Y hoy llevarlo hácia el mar como esclavo,
Despojado de régia grandeza!.....
De caribes es digna proeza;
Que de pechos ibéricos, no.

No, españoles, no es vuestra la afrenta;
Es de pocos que el vicio domina,
O que el falso saber alucina
Y en tinieblas presumen lucir.
La civil libertad no se ostenta
Sino en medio de paz y justicia;
La equidad es su sola delicia,
Sin virtudes no puede vivir.

Ella sí, no la infame licencia,
Libra al justo y aterra al malvado;
Ella sola por siempre ha gozado
Ara digna en el pecho español.
Huyan, pues, á su hermosa presencia
De Fernando los guardas alevés,
Cual se ven derrumbarse las nieves
Derretidas al rayo del sol.

Saludemos al astro que guía
A Castilla los hijos de Francia;
No sañudos con fiera arrogancia,

Cual ministros de horrenda opresion;
Sino ardientes en noble osadía,
Y ostentando en su aspecto gallardo
El honrado valor de Bayardo
Y la gloria inmortal de Borbon.

A su frente el penacho flotante
Se descubre en el nieto preclaro
Del Enrique á la Francia tan caro,
Que triunfó con justicia y piedad;
No siguiendo á su rastro brillante
El furor ni la ciega venganza,
Sino paz y serena esperanza
De segura y feliz libertad.

Aceptemos su fausta promesa,
Que es la patria salvar del abismo;
No más tiempo, de un vil fanatismo
Nos deslumbre la antorcha fatal.
Que seguir en su bárbara empresa
Arrostrando una ruina evidente,
Es probar que apagó en nuestra mente
La razon su precioso fanal.

Y áun del Bétis, si al bruto arrogante
Desbocado en perdida carrera
Se le ve trasponer la ladera
Y á las cumbres furioso asaltar;
Si de pronto á su pié ve delante
Precipicio ó ríscosa fragura,
Se recoge, se pára y procura
Generoso su vida salvar;

Así huyamos del borde horroroso;
Baste ya de terror y de agravio:
No sea más criminal en el labio
El antiguo decir: «Viva el Rey.»
Recordad que ese grito glorioso
Fué el que sólo en la noble campaña
La victoria aclamó, cuando España
A dos mundos dictaba la ley.

Españoles, librad á la historia
De escribir tantos odios crueles;
Deponed los funestos laureles,
La pacífica oliva ceñid.
Y aspirando con prueba notoria
A borrar nuestros yerros fatales,
Entre filas de brazos leales
Vuelva el Rey de Sevilla á Madrid.

VII.

HIMNOS CANTADOS EN LOS TEATROS,
CON MOTIVO DEL CASAMIENTO DE S. M. LA REINA
DOÑA MARÍA CRISTINA DE BORBON (1829) (1).

HIMNO 1.º

CORO.

*De Himeneo la antorcha relumbro,
Suenen dulces los himnos de amor;
Y en el solio aclamada se encumbre
De Cristina la gracia y candor.*

ESTROFAS.

Saludemos al astro risueño
Que amanece á la hispana region;
Que es encanto y placer de su dueño,
Como al pueblo presagio de union.
Ella alienta los tristes desmayos,
Ella en gozo convierte el pesar,
Y hace alegre con plácidos rayos
De esperanza las flores brotar.

CORO.

De Himeneo etc.

(1) Con música del maestro Carnicero.

De sus padres angustos seguida,
Aparece Cristina gentil;
Del deseo en las alas traída,
Como flora en las auras de Abril.
Y de la áurea carroza bajando
Entre encantos que atónita ve,
A su lado se encuentra Fernando,
Y la España postrada á su pié.

CORO.

De Himeneo etc.

Si el Vesubio en sombríos fulgores
De Cristina la ausencia lloró,
Manzanares, vestido de flores,
Su presencia festiva aclamó.
¡Oh, cuál corren pastores y ninfas
A la orilla por ver y gozar
En el claro cristal de sus linfas
Retratada su imagen sin par!

CORO.

De Himeneo etc.

Brilla hermosa en su rostro su alma,
En sus ojos su ingenio feliz,
Y su talle descuelga cual palma,
De la selva en el verde matiz.
A su fama venció en gentileza,
Ni el retrato le pudo ser fiel;
Que se pinta tal vez la belleza,
Mas la gracia se esquivo al pincel.

CORO.

De Himeneo etc.

Regios padres de joya tan bella,
Por quien goza la Iberia tambien,
Pues Fernando feliz se une á ella,
Recibid nuestro fiel parabien.
Lleve el ¡Vivan los dulces esposos!
Nuestra voz al celeste zafir,
¡Y ojalá que sus hijos preciosos
Igual viva nos puedan oír!

CORO.

De Himeneo la antorcha relumbro, etc.

VIII.

HIMNO 2.º

CORO.

*Guirnalda de rosas,
Coronas de amor,
Premiad de Cristina
La gracia y candor.*

VOZ SOLA.

Ornad, flores bellas,
Sus sienas hermosas,
Que hoy ganan gloriosas
De Iberia el laurel.
Sed puras como ella,
No armadas de espina:
Seréis de Cristina
La imagen más fiel.

CORO.

Guirnalda de flores, etc.

De gracias y encantos
Su vista nos llena;
Honrada la escena
Con ella se ve.
Melpómene llantos
Y horrores desvia,
Y alegre Talía
Se rinde á su pié.

CORO.

Guirnalda de flores, etc.

Mas ella, que al justo
Dar premio consigne,
Y al vicio persigue
Con fiera acritud,

Hoy mira con gusto,
Cristina, en tu cielo
Su hermoso modelo
De gracia y virtud.

CORO.

Guirnalda de flores, etc.

Y vos, Reyes claros,
Que haceis tal presente,
Pues fuisteis oriente
De tan bello sol,
No es dado el pagaros
Los dignos tributos
Con ojos enjutos,
A pecho español.

CORO.

Guirnalda de flores, etc.

¡Francisco! ¡Isabela!
¡Fernando! ¡Cristina!
Sus nombres combina
Con gusto el amor:
Mas ¡ay! que la esposa,
En día tan fausto,
De nuestro holocausto
Se lleva la flor.

CORO.

Guirnalda de flores, etc.

CANTOS LÍRICOS.

I.

EL TEMPLO DE VÉNUS.

Cual solitario cisne, que mirando
Próximo de morir el trance fuerte,
Con canto triste, armonioso y blando
Se pone él mismo á celebrar su muerte;
De esta manera yo, Dilerio, cuando
Cercano á padecer la misma suerte,
El fatal golpe de la parca espero,
Cantar mi muerte como el cisne quiero.
Si la amigable musa no desmaya,
Y si su influjo al espirar recibo,
Mi pena haré que á tus oídos vaya
Envuelta en los renglones que te escribo;
Pero Clío, al mirar la ardiente playa
En que desamparado ¡ay triste! vivo,
No osa dejar, por más que yo la brindo,
La deliciosa habitación del Pindo.

Hasta las mismas Musas me han dejado;
Que yo no sé si, viéndome perdido,
El amor ó el temor las ha alistado
De mi enemiga hermosa en el partido:
En el horrible y turbulento estado
A que la ingratitude me ha reducido,
Tan solamente á tu amistad apelo
Por único remedio y por consuelo.

A ti tan solamente, ilustre amigo,
Inestimable y firme compañero,
A ti te haré de mi dolor testigo,
Pues lo eres del amor más verdadero.
Lee esta triste carta en que me obligo
A pintarte el estado lastimero
De una alma que fluctúa entre pasiones,
Si no borra mi llanto los renglones.

La negra atrocidad, el inhumano
Rencor de aquel destino más impío,
No produjo jamás en pecho humano
Un dolor comparable al dolor mío:
En vano el corazón emplea, en vano,
Para oponerse al mal, su esfuerzo y brío;
Porque como corriente impetuosa,
Todo lo arrasa mi pasión furiosa.

Mi débil corazón, atribulado
De sus males por la hórrida procela (1),

(1) De procella, palabra latina; borrasca. (Nota del Colector.)

Es cual barco en el golfo alborotado,
Sin palos, sin timón, jarcia ni vela;
De las hinchadas ondas volteado,
Veloz tan pronto hasta las nubes vuela,
Veloz tan pronto en el instante mismo
Se encuentra sumergido en el abismo.

Cuántas pasiones puso en el humano
La cólera temible de los cielos,
Tantas conspiran con furor insano
A conturbar mi pecho entre desvelos;
Esperanza, tristeza, amor tirano,
Odio, temor, resentimiento y celos;
Todas unidas en mi daño se hallan
Y contrapuestas entre sí batallan.

Y el eterno tesón de la congoja,
Que en descontento vuelve mi alegría,
De toda la esperanza me despoja
De mejorar de suerte en algún día:
Ni un instante el dolor la cuerda afloja
En el silencio de la noche umbria,
Ni cuando en la mitad de su carrera
Se para el sol á iluminar la esfera.

¡Ay, cómo los placeres más completos
Ya se han mudado en fuentes de disgusto,
Y cuantos los rodean son objetos
Propios para excitar horror y susto!
De árboles secos, feos esqueletos,
De áridos montes el aspecto adusto,
Y en vez de flores, ásperos abrojos,
Que crecen con el llanto de mis ojos.

Si antes la sociedad me disgustaba,
Hallaba mi descanso en el retiro;
Pero el placer que el bosque antes me daba,
Con aversión y tedio hora le miro.
El viento que las hojas meneaba,
Del arroyuelo el tortuoso giro,
Ni del preciado ruiseñor el canto
No tienen para mí ningún encanto.

El sueño, que las penas tanto engaña
Y á todos los vivientes hace iguales,
Pues el pastor que duerme en su cabaña
No echa de ménos las alcobas reales,
Si mis sentidos un instante baña,
La idea me presenta de mis males
En formas tan horribles y espantosas,
Que más que la evidencia son penosas.

Me acuerdo que una noche en que el exceso
De una cavilación tan incesante,
O de las mismas lágrimas el peso
Me hizo cerrar los ojos un instante,
El breve y melancólico embeleso
Un sueño me inspiró tan semejante
A la causa fatal de mis congojas,
Cual te dirá mi voz, si no te enojas.

En el florido campo de Citeres
Transportado de pronto me contemplo,
Morada de los lúbricos placeres
Do Vénus tiene su soberbio templo.
Gran tropa de varones y mujeres
Iban á entrar en él; y yo, á su ejemplo,
De una secreta fuerza arrebatado,
Puse los piés en el umbral sagrado.

Entré; pero paróme la hermosura
De la fábrica inmensa que veía;
Obra de amor, que unió para su hechura
Las Musas y las Gracias á porfia:
De aquel mármol, que al alba en su blancura,
Y en duración al tiempo excedería,
Las columnas, los arcos eran hechos
Que sustentaban los excelsos techos.

Abren sonantes y anchurosas puertas
Del templo el paso á la votiva gente,
Rodando en quicios de metal, cubiertas
De láminas de plata refulgente:
En ellas para siempre dejó abiertas
El buril de Vulcano diestramente
Altas memorias de hurtos amorosos,
Que son de amor los triunfos más gloriosos.

Vieras allí por el pastor altivo
En vivas llamas abrasarse Troya;
Llamas que lanza Atridas vengativo
Al robador de su amorosa joya;

Miras allí pintada tan al vivo
Del caballo la bélica tranzoja,
Que parece se ve correr la gente,
Y se oye hablar á Ulises elocuyente.

Vieras á Dido allí, llena de enojos,
Del Troyano llorando el fingimiento,
Puestos los tristes aunque hermosos ojos
En las naves que ya se lleva el viento;
Y con las armas, únicos despojos
Del fugitivo amante, en un momento
Caer traspasado en las ardientes teas,
Con moribunda voz llamando á Enéas.

Vieras también á Júpiter tonante,
Dejando á un lado el celestial decoro,
Por una ninfa en la ribera errante
Ir transformado en inocente toro;
Y á la guardada en muros de diamante
Gozarla convertido en lluvia de oro,
Mostrando no hay honor tan defendido,
Que amor no venza, al interés unido.

Creyeras ver que el alto Olimpo estriba
Sobre la enorme cúpula dorada,
No habiendo humana vista que perciba
(Tal es su elevación) si está cerrada:
Unas veces del sol la llama viva
Como el cristal la deja iluminada;
Otras, oscurecido el vasto seno,
Se oye debajo retumbando el trueno.

De los sagrados muros en contorno
No se descubren dóricas labores;
Que del templo de amor el propio adorno
Sólo guirnalda son de hermosas flores:
Ellas, volviendo y revolviendo en torno
De las altas columnas, mil olores
Hacen subir desde la tierra al cielo,
Que en amantes deliquios dan consuelo.

Por gozar del Abril las verdes galas,
Concurren pajarillos á millares,
Con el sordo susurro de sus alas
Rondando al rededor de los altares:
Amor, tú sus pasiones les señalas,
Tú los reunes en amantes pares,
Y malicioso te diviertes luego
En verlos respirar tu infausto fuego.

Yo estaba embelesado contemplando
Tan vasto, hermoso y mágico edificio,
Cuando advertí que se iba levantando,
Creciendo y resonando un gran bullicio.
«Vénus, Vénus, favor (iban gritando):
Amor, divino amor, sednos propicio.»
Y las mismas palabras que decían,
Las bóvedas del templo repetían.

Entró un carro tirado de palomas;
Un gran coro de ninfas le rodea:
En él sentada, y difandiendo aromas,
Iba en el traje Vénus Citeréa
Que dió á su manó de las áureas pomas
La más gloriosa en la montaña Idea;
Velo que de las Gracias la más pura
Prendió oficiosa á su gentil cintura.

¡Oh! si me diera aquí naturaleza,
En vez de pluma, su pincel valiente,
Pintára la hermosura y gentileza
De la madre de Amor omnipotente:
La graciosa apostura de cabeza,
Las negras cejas, la serena frente,
Y la rica madeja del cabello
Que se derrama por el albo cuello.

¡Quién pudiera pintar el atractivo
De los brillantes ojos y serenos,
Que con un mirar lánguido y lascivo
Lanzan de amor mortíferos venenos!
¡Cuántas veces á Jove vengativo,
Pronto á aterrar al mundo con sus truenos,
Estos ojos con sólo una mirada
Le dejaron la diestra desarmada!

Pero entonces tan dulce los revuelve,
Tan graciosa los para y los retira,
Que en amor, en delicia, en fuego envuelve
La tierra, el cielo y cuanto al paso mira:
Aquí la paz á dos amantes vuelve,
Allá piedad en una ingrata inspira,